RUTA 13
EL LOMO DEL CARRETÓN

Distancia total: 7,2 Kilómetros.
Duración total: 3 horas y 40 minutos.
Tipo de marcha: Lineal.
Tiempos de marcha: Mirador del Santo - Mirador natural: 55 minutos. Mirador natural - Iglesia de Alojera: 1 hora y 5 minutos. Iglesia de Alojera - Chorros de Epina: 1 hora y 40 minutos.
Desnivel: 585 metros.
Dificultad: Media, por el desnivel ascendente a superar.
Tipo de camino: Senda en su mayor parte, con mínimos tramos asfaltados.
Agua potable: En Arure, Alojera y Chorros de Epina. Al poco de comenzar, en fuentecilla a modo de manantial junto al escarpe.
Sugerencias: El retorno hasta Arure se puede efectuar mediante taxi o bien continuar otros dos kilómetros más por carretera en busca del cruce de Apartaderos, con parada de guagua.
Cartografía: Hoja 1095-III, escala 1:25.000, del Instituto Geográfico Nacional.

Partiendo desde el ya conocido mirador del Santo en Arure (Valle Gran Rey), tres son los principales objetivos de esta ruta: transitar por entre el Monumento Natural del Lomo del Carretón, con verticales farallones de preciada flora; por entre las casas del pequeño pueblo de Alojera (Vallehermoso), con sus huertas y palmeras guaraperas; y descubrir la vegetación de monteverde de los Chorros de Epina (Vallehermoso), de variadas leyendas, ya en el Parque Nacional.

Desde Arure, son escasos los minutos hasta el mirador del Santo (820 m) –obra inacabada de César Manrique–, con panorámica abierta sobre el caserío de Taguluche y sus palmeras y sobre el macizo de La Mérica, de repoblados pinos encaramados. El camino que aquí vamos a tomar, tramo del sendero de gran recorrido GR 132, comienza junto a la capilla –el llamado "Camino de las Correderas"–, colgado del tremendo farallón por el que hemos de avanzar. Se trata del Lomo del Carretón –234,5 hectáreas bajo protección–,

faja acantilada de coladas horizontales entre estas estribaciones de La Mérica hasta casi tocar Epina, entre los 400 y los 1000 metros de altitud, sobre basaltos antiguos. A su soberbia paisajística hay que sumar interesantísima flora, con algunos de los más raros tesoros botánicos de la isla en sus escarpes: la tajora *Sideritis nutans, Pimpinella junoniae,* el cardoncillo *Ceropegia ceratophora, Crambe wildpretii, Sonchus gonzalez-padronii,* el balillo *Sonchus filifolius, Aeonium rubrolineatum* o la tabaiba de monte *Euphorbia lambii,* todos ellos endemismos gomeros; ya cerca de Epina, de mayor porte, el barbusano negro, el marmulano o el madroño canario. Mucho más sencillas de observar serán especies suculentas como la bea *Aeonium subplanum, Greenovia diplocyla* o *Monanthes laxiflora,* sobre roca desnuda; y fácilmente reconocibles para el profano pinos de repoblación –en este espacio diferentes sectores de pino insigne y carrasco–, jaras, tuneras, tabaibas, inciensos..., y alguna que otra palmera dispersa.

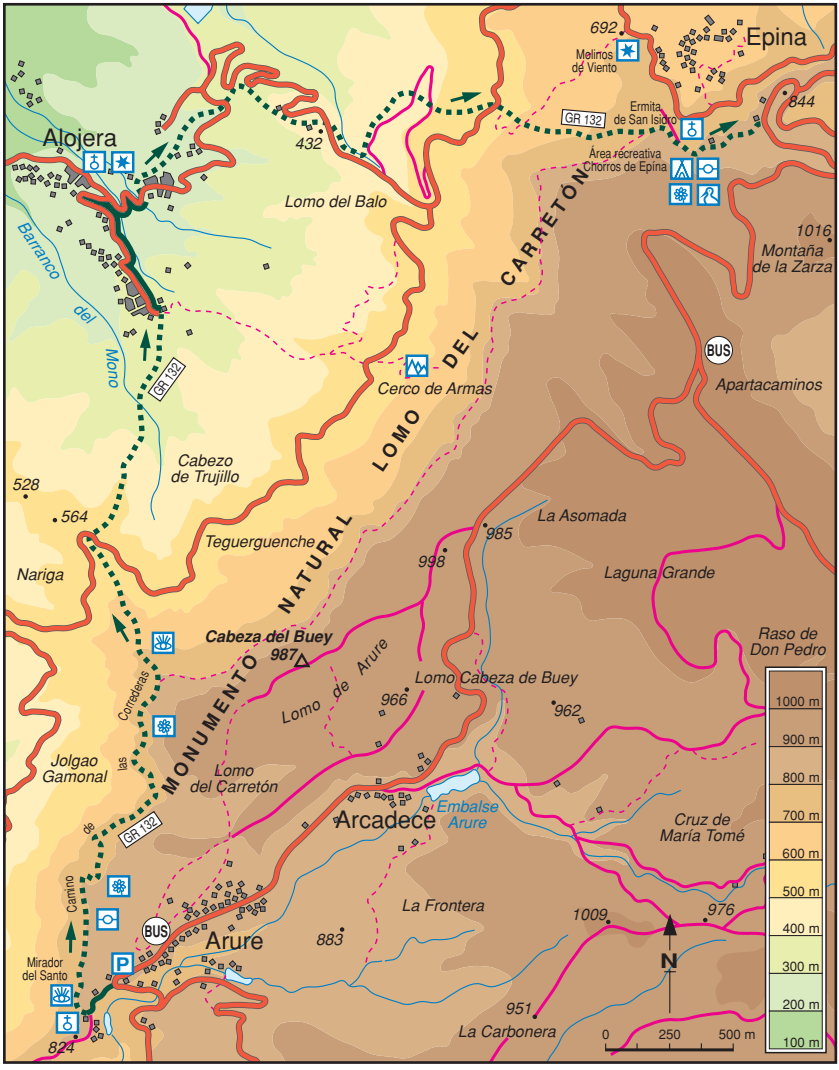
No tiene pérdida el camino –el GR nos conducirá toda la excursión–, en una primera etapa horaria casi en llano hasta el alto de un pequeño lomo, a modo de mirador sobre Alojera y las alturas de Tejeleche; sobre molinos de viento que esconden a Epina; sobre el Lomo de Tazo, Bejira y Teselinde; sobre el mar de nubes que asoma; sobre La Palma omnipresente allende el mar; sobre este monumental Lomo del Carretón en toda su magnitud. Ha sido casi una hora de continuo disfrute, que prosigue ahora en pronunciado descenso hacia la visible carretera de Taguluche (555 m), ésta cruzada en busca ya de las casas blancas de Alojera. La vegetación se modifica en este gradiente altitudinal: del sabinar de transición potencial quedan sólo ejemplares dispersos; hoy son pastizales los que cubren antiguos cultivos, que dan paso a matorrales xéricos de sustitución como la retama, el escobón o la aulaga, con presencia de magarzas, vinagreras o salados propios del piso basal; acaso distinguiendo entre las aves a la perdiz moruna, el camachuelo trompetero, la curruca tomillera o el bisbita.

El balar de cabras y los panales de miel ya nos anuncian la inminencia de las primeras casas, entre palmeras y piteras, sorteando barranquillos de aguas corrientes. Enseguida entroncamos con asfaltada vía, entre las viviendas y las huertas, que tomamos en bajada en busca de la iglesia. Son momentos estos para quizás dialogar con algún lugareño sobre el arte de la extracción del guarapo, la savia de la palmera canaria; y es que este caserío junto con Tazo y Arguamul –el llamado territorio de “Las Bandas”–, junto con Epina, conserva con maestría tal tradición, hoy potenciada por un desarrollo

turístico que solicita productos locales de calidad. Tal es el procedimiento: seleccionada la palmera, se rodea con una banda de latón que impida la trepada de las ratas. A continuación, el guarapero ha de clavar, a modo de escalera, sucesivas estacas de madera –con preferencia de sabina– para alcanzar el cogollo, podando entonces las pencas terminales, lo que hace quedar al descubierto la superficie del tallo. Días después, ya se puede rebajar esta superficie con ayuda de un afilado formón, con tenue inclinación, hasta alcanzar la blanda parte central, sangrando entonces la savia, que se recoge en un recipiente por gravedad. Cada atardecer, la "cura" ha de cortar con delicadeza este cogollo para de nuevo sangrar, brotando el jugo durante la noche. Con todos los cuidados, cada palmera seleccionada será capaz de producir hasta doce litros de guarapo, retomando su condición de guarapera cada cinco años. Cocido este guarapo, resulta la exquisita miel de palma.

Fue Alojera lugar de importancia agrícola, merced a sus tierras fértiles y abundante agua, procedente ésta de manantiales en los escarpes. Aquí se cultivaron la caña de azúcar y los cereales y hubo un aprovechamiento de la seda; el siglo pasado vio además el cultivo del tomate, exportado por el muelle de su costa, ésta frecuentada por una pesquería artesanal. Hoy entre palmerales, tal vez distingamos aquí construcciones que nos hablan de este pasado –antiguos hornos de teja, lagares comunales...–, tiempos no muy lejanos en que los habitantes de Arure y Alojera recorrían este mismo camino por nosotros emprendido, acompañando sus quehaceres; acaso el paso en romería para ofrendar en la ermita de Santa Lucía, en la cercana Tazo.

En esforzada subida, son los Chorros de Epina nuestro último objetivo. Girando en la iglesia (255 m) nos incorporamos de inmediato a la carretera que desciende desde Epina, cuya continuación en sentido ascendente nos sitúa en seguida junto a un panel indicativo de la red de senderos. Tras él y a pocos metros –junto a un modesto supermercado– optamos ya por abandonar este firme, hacia la izquierda por camino balizado, todavía entre casas. Tras cruzar a los pocos minutos esta misma carretera en nuestro avance, prosiguiendo nuestro sendero, no tardamos en alcanzar sobre un pequeño lomo al que nos encaminamos moderna edificación con excelente panorámica del entorno, enclave ideal para reponer fuerzas, pues el desnivel hasta aquí es considerable. Desde entonces, repetidas veces nuestro sendero atajará la citada e inmediata carretera, que nos llevará a sobrepasar bucólica estampa de semiderruidas construcciones de piedra y teja entre el palmeral, en un camino



hoy colonizado por las hierbas, divisando un importante estanque de agua para abastecimiento agrícola allá abajo, en la zona conocida como Los Llanos. Pero el sendero continúa, como dirigiéndose hacia los molinos de viento que se disponen sobre la lomada que oculta a Epina, si bien antes de llegar

❧ *El Lomo del Carretón* ❧

girando con mayor desnivel de nuevo hacia las paredes del Lomo del Carretón, en ambiente con progresía más húmedo, como así demuestra el primer asomo del fayal-brezal. Poco a poco esta formación va ganando presencia hasta casi convertirse en laurisilva cuando alcancemos umbroso y resguardado barranquillo junto a los Chorros de Epina, distinguiendo comunes especies del monteverde junto a otras de más rara aparición: sauces canarios, saúcos, tabaibas de monte, estrelladeras, arbustivos brezos de *Erica scoparia*... De inmediato alcanzamos en pequeño llano la ermita de San Isidro, que anuncia nuestro final, junto a ladera tapizada por completo de helechos y geranios canarios, entre laureles, acebiños, viñátigos..., ya inmersos en el Parque Nacional. Hacia los famosos surtidores nos acercamos descendiendo escasos metros por el empedrado camino que hasta aquí llega –éste procede de la carretera que en la alta meseta comunica Arure y Vallehermoso–, entre fogones y mesas. Si anhelamos conseguir el amor, dice la tradición de beber de izquierda a derecha de sus siete caños, las mujeres en los chorros pares y los hombres en impares. También se cuenta de jóvenes doncellas al servicio de pudientes familias que hasta aquí llegaban desde distintos y lejanos puntos con el encargo de su agua, retornando como prueba del cumplimiento con una hoja de aderno, tan sólo aquí presente.

Breves son los pasos que nos restan, debiendo retroceder apenas metros desde los chorros para continuar el senderillo que, en horizontal, a la izquierda, surge, con casi instantánea bifurcación: en bajada, el PRLG 10 conduciendo a la ermita Santa Clara; a la diestra, nuestra elección, nuestro GR de partida hacia Vallehermoso, en un minuto más surgiendo en la citada carretera (840 m), en ambiente más ventoso de fayal-brezal, junto a restaurante que nos ha de permitir reparar fuerzas y acaso degustar tradicionales recetas: almogrote y potaje de berros, punto final de la excursión.